



CAPITULO XXX

DE LAS LAMENTACIONES QUE HIZO NUESTRO BUEN CABALLERO D. QUIJOTE
Y DE LAS TEMEROSAS RAZONES EN QUE SE DECLARÓ SU RESENTIMIENTO

«¿Has visto, Sancho, suerte más desdichada que la mía? ¿Has oído de amante que más hubiese hecho por su dama y más tristemente hubiese llegado á perderla? Por la fuerza de mi brazo derroco esa fortaleza y liberto á la hermosa prisionera; ¿mas quién sabe lo que habrá sucedido, y si ella tendrá valor para mirarme cara á cara? — Como servidor de mi señora Dulcinea y su futuro esposo, respondió Sancho, vuesa merced debió haberse asegurado con tiempo, y no anduviéramos hoy con estos gemidicos y estos lacrimicos. — ¿Se usará de tanto rigor con los andantes, ¡oh amigo!, repuso D. Quijote, que ni en las ocasiones más afflictivas se les ha de conceder un tierno desfoque á su dolor? Si no encomiendo el remedio á la venganza, tenme, Sancho, por hombre muerto y por caballero perdido para el mundo. — Si vuesa merced la hallare viva, replicó Sancho, ¿qué razón habrá para dejarse morir? Libértela sin pérdida de tiempo, y no deje para después el casarse, sin miedo de lo que haya podido suceder. Lo que no es tu año, no es en tu daño, ni hay miel sin hiel, señor. La puerta abierta al santo tienta, y á puerta cerrada suceden las cosas malas. — En buenhora sea todo, Sancho de Lucifer; habré de venir en cuanto desatino propusieres, como pongas punto final á tus refranes. ¿Mas qué dirá ella

de este infiel que así ha dejado se la arrebatan y sufre su cautiverio en manos de esos malandrines?»

Sancho Panza, habiendo cogido el sueño, oía poco estas razones, y no oyó del todo las otras muchas que siguió ensartando el enamorado caballero, el cual pasó la noche bajo el poder de los más tristes pensamientos. Llegado el día, se cubrió con sus armas, y vuelta saña su tristeza, iba á salir con ánimo de no postergar ni un instante la libertad de su señora. Cuando halló cerrada la puerta, empezó á sacudirla y dar golpes en ella con tal furia, que hubo de despertarse D. Alejo y volar á abrirla. En llegando cerca, oyó que D. Quijote acusaba al castellano de complicidad con los raptos, jurando escarmentar á todos, ó más bien no dejar alma viviente en ese circuito, ni animales en pie, ni árboles sobre sus raíces, ni arroyos que no enturbiase, ni fuentes que no cegase. Dudó un instante D. Alejo si abriría, temiendo que la salutación de D. Quijote fuese con su lanza; mas como el estrépito subiese de punto, vió cuán imprudente sería echar leña al fuego, y al tiempo que torcía la llave, se iba expresando de este modo: «¿Tengo cara de alcahuete, señor don Quijote, ó ha visto en mí algo por donde venga á sospechar tan indignos tratos? Vuesa merced se ha dado un madrugón en balde; ni debe ignorar que castillos y fortalezas no se abren sino muy entrado el día. Por mucho que le insista el deseo de liberar á la cautiva, no lo podrá sino dentro de algunas horas; y habiendo tiempo para todo, no está puesto en razón que vuesa merced se deje ir tras esa injusta cólera.» Dijo esto, y abrió de par en par la puerta. «Vuesa merced excuse mi impaciencia, respondió el caballero, y dispéñeme si algún término malsonante ha salido de mis labios. Al verme bajo llave, tuve por cierto que ésta era una superchería de mis enemigos, y me dejé ir, como vuesa merced ha dicho, tras una injusta cólera. — De uso y costumbre es, repuso D. Alejo, que los portones de las ciudadelas no se abran de mañana, ni se levanten los puentes levadizos. Le sobra tiempo á vuesa merced para, tomada la primera refección, llevar á debido efecto sus intentos. — ¿Qué dice vuesa

merced de refección?, preguntó D. Quijote. ¿Caso es el presente de pensar en almuerzo ni merienda? Antes me propongo no comer ni beber, ni hacerme la barba, ni peinarme, mientras no haya restituído á la emperatriz á la luz del día y castigado á los raptos. — En esto no hace vuesa merced sino irse con la corriente de la caballería, tornó á decir D. Alejo: otro tanto se propuso el marqués de Mantua hasta cuando hubiese vengado la muerte de Baldovinos, que se la había dado á traición el hijo de Carlos Mainete. ¿Y el conde Dirlos no juró sobre un misal

«Jamás se quitar las armas,
Nin con la condesa holgare,
Hasta que hobiese cumplido
Toda la su voluntad?»

» Pero no veo que algún caballero se hubiera abstenido del sustento, como cosa tan necesaria para la vida, que sin él, ni aventuras ni hazañas fueran posibles. Antes suelen alimentarse á toda prueba los andantes cuando tienen entre manos una de las de primer orden, á fin de endurar el pulso y dar fuerza al corazón. Así pues, todo lo que sufriría la conciencia, sería que vuesa merced no se afeitase, ni holgase con la condesa, para imitar al conde Dirlos. — Vuesa merced no está en lo cierto, dijo D. Quijote; la usanza en la caballería es ayunar las visperas de la batalla, y aun confesarse y recibir el cuerpo de Cristo; lo cual pudiera probar yo con infinitos ejemplos á cual más autorizados. Basta por ahora el de Beltrán Duguesclín, quien, desafiado por Tomás de Cantorbery, recogió el guante, haciendo saber al mundo que hasta cuando hubiese concluído el duelo no comería sino tres sopas en vino, en honor de la Santísima Trinidad. — ¿Pues qué espera vuesa merced para tomar esas tres sopas?, repuso D. Alejo. Y todavía yo soy de parecer que sean cuatro. — Dios pague á vuesa merced tan caritativas indicaciones, dijo Sancho sacando la cabeza: si antes nos proporcionaran una cosa de sal, como, verbigracia, una ración de tocino, ya podremos esperar con paciencia el almuerzo. — Habrá

de todo, hermano Panza, respondió D. Alejo: ¿qué tal os sabrían unos pastelitos de carne y unas empanaditas de queso? — ¡Mi padre!, exclamó Sancho; ¡si no hay cosa que más me guste! Mi amo el Sr. D. Quijote es algo melindroso; pero no haya miedo que su escudero se ande con morisquetas. — No haga caso vuesa merced de este tragamallas, dijo D. Quijote: lo que ahora me importa y conviene es montar á caballo, dejando para la vuelta el festejarme.»

D. Alejo y los demás perillanes tenían concertado hacerle una burla caballeresca, para lo que necesitaban algún tiempo, habiendo ocurrido á la ciudad por ciertos enseres de caballería, como son armas y armadura, y además un mazo de barbas y un hábito talar con que se pudiese componer un ermitaño. «Como la batalla que hoy se ha de hacer, dijo D. Alejo, será de las principales, natural es que la haga vuesa merced con todos los requisitos de las grandes aventuras. Si del desayuno se priva, no omitiré, me parece, el confesarse y comulgar, á semejanza de los famosos caballeros que ya pusieron por delante esta diligencia. — El toque está en que yo dé con un ermitaño, respondió D. Quijote: ha de ser ermitaño el confesor para que la imitación sea perfecta. En no pudiéndolo hallar, se podrá uno servir de un buen fraile de San Francisco, ó sea un capuchino. Ermitaño fué el que confesó á Frorambel de Lucea para la aventura del Árbol Saludable; ermitaño aquel á quien se llegó don Floricer de Nigüea en el procinto de la batalla con el rey de Gaza. Tristán de Leonís se confesó con un ermitaño; de él recibió la eucaristía, y encomendándose al Redentor y á su dulce amiga Yseo, embistió al enemigo. En defecto de ermitaño, dos religiosos de San Francisco oyerón á Tirante el Blanco y Tomás de Montalbán, cuando estos caballeros iban á combatir, no me acuerdo por qué causa. Y aquí es de notar que, no habiendo pan consagrado, se comulgó á estos paladines con pan bendito, sin que de ello resultase perjuicio ni para el sacerdote, ni para los penitentes. — Por falta de pan no quedará vuesa merced en ayunas, dijo el barón de Cocentaina; aquí lo tenemos

bendito y por bendecir, ázimo y con levadura. En caso de apuro, se le podrá comulgar con una rueda de molino al señor caballero. — Con ruedas de molino se comulga á los tontos, respondió D. Quijote, mirándole despacio; y veo aquí uno que no me huele á Salomón.» No era D. Quijote de los que tascan el freno: cuando no se remitía á las manos, sus razones herían á los descomedidos como su lanza. Quedóse de una pieza el barón, riéronse sus amigos, siguió paseándose el caballero, Sancho Panza se fué á rodear sus animales, y D. Alejo de Mayorga se andaba por las puertas de las bellas, invitándolas á salir con esta cancioncita:

«A coger el trébol, damas,
La mañana de San Juan,
A coger el trébol, damas,
Que después no habrá lugar.»



CAPITULO XXXI

DE LA DESVENTURA DEL BUENO DE SANCHO PANZA Y LOS REPROCHES QUE HIZO Á SU SEÑOR, CON LA VEHEMENTE RESPUESTA DE ESTE FOGOSO CABALLERO.

Entre llevarle al huerto, hacerle ver la caballeriza y otras distracciones, llegaron las doce, hora en que el aventurero, puesto á caballo, se partió. Era su ánimo ir, acometer, vencer á los paganos, cortarles la cabeza, libertar á su dama, y volver á pasar una noche más en el castillo. Esta esperanza comunicaba algún vigor á Sancho, quien de bonísima gana se hubiera quedado hasta cuando su señor volviera. No vino en ello don Quijote, si bien no faltó por su criado el insinuárselo. «Para hecho tan principal, dijo, no le estaría bien ir sin su escudero, cosa que aún pudiera dar ocasión á que se murmurara de su calidad.» Y afirmándose en la silla, estiradas las piernas, como quien montaba á la brida, el yelmo de Mambrino en la cabeza y el cuerno de Astolfo al cuello, salió al camino embrazando su rodela y empuñado de su lanza. Sancho, para quien quedaba casi siempre lo peor, no fué tan feliz; porque un perro que estaba á guardar la puerta, tirándosele de repente encima, le dió un susto de dos mil demonios, aun cuando no le mordió de veras. Una vez recobrado el buen hombre, principió por maldecir á D. Quijote, quien no tenía noticia de lo ocurrido, pues andaba ya muy adelante; siguió maldiciendo á la caballería y los caba-

llos; se maldijo á sí mismo, maldijo su linaje, el día en que nació, la hora en que entró al servicio de ese loco, y maldiciéndolo todo en este mundo, cerró con el rucio á mojjicones, como si él hubiera tenido la culpa; montó y desapareció fuera del castillo. «Tú más necesitas de espuelas que de freno, le dijo don Quijote cuando sintió que llegaba: ¿por qué diantre tardas, Sancho? Si vienes con pie de plomo, se malogrará el influjo de las estrellas; y te afirmo que hoy nos corre del todo favorable. — Vuesa merced me dejará comer de lobos, sin volver la cabeza, respondió Sancho. Puesto que vuesa merced se aloje bien, cene bien, duerma bien, las estrellas son buenas, y cargue con el escudero una legión de diablos. Si á vuesa merced no se le da un ardite de mis enfermedades, mis necesidades, mis heridas, estoy aquí como entre enemigos, y me voy á mi pueblo. A carrera larga, nadie escapa. Muerto el hombre, muerto su nombre, señor: vuesa merced será el primero en olvidarme, ó conozco poco el mundo. Hambre, manta, palos, esto es lo que saco de las aventuras. Vuesa merced lleva el gato al agua, pero la retaguardia á mí me la pican, y la manguardía á mí me la soplan. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa. Esto se ha de aplicar ansimismo al hombre de bien, porque en ninguna parte está uno mejor que en la propia, y cada cual sabe dónde le aprieta el zapato.

— ¿Qué quieres, salteador?, respondió D. Quijote, prendido en ira; ¿de qué te quejas, malandrín?, ¿en qué cavilas, truhán?, ¿por qué lloras, apocada y meticulosa criatura? Comes hasta no más, y hablas de hambre; bebes como un zurrón, y te aflige la sed; eres señor de ínsulas, y llamas leonina nuestra sociedad. Pues ¿qué decir cuando me imputas dejadez en tus negocios, indiferencia por tus cuitas, corta solicitud en el remedio de los golpes y las heridas que conmigo vienes recibiendo? ¿Qué ha sucedido y por qué traes esa tirria, embelequero perdurable? Para cada refrán un disparate, para cada disparate un refrán. Te sé decir que me estomagas con ellos y que no estoy lejos de poner yo mismo en ejecución tu sempiterna amenaza, dándote pasaporte

para tu aldea ó para los infiernos. La gracia que te hago en preferirte á los que se tuvieran por marqueses con sólo ser mis escuderos, no es para que tú andes echándomela á las barbas de día y de noche. Toma el portante cuando quieras, monstruo de ingratitud y malicia, aparador de mentiras, bodega de maldades. Para manifestarte cual eres, has escogido este día, esta hora, los más solemnes de mi vida, en que voy á pelear por la más santa de las causas. Si no ha de ser sino para distraer mi cólera de este grande asunto, ¡no vengas, ladrón! Ni los quebrantos de tu señor y compañero te sensibilizan, ni sus desdichas te duelen, ni sus peligros te asustan, ni su cariño te ablanda, ni sus bondades te cautivan, ni sus mercedes te ganan la voluntad; luego esos condados, esas coronas que te tienes en tu casa, puesto que soy yo quien te las promete, vienen á ser adquisiciones subrepticias, y mis dádivas se tornarán contra mí, si es verdad aquello de «No dé Dios á nuestros amigos tanto bien que nos desconozcan.» Si desde ahora me desconoces, ¿qué será cuando te veas en tu castillo, rodeado de tus vasallos? Entonces me has de declarar la guerra y has de invadir mis Estados en correspondencia de mis beneficios. ¿Qué retaguardia te pican, ni qué manguardía te soplan, pedazo de bayeta negra? Si no fueras un salsa de perro, se te pudiera poner quizás alguna vez á la vanguardia: pero á la manguardía no irás ni al purgatorio; porque eso más tienes de bellaco, que no eres el primero en morirte, ni aun cuando sabes que con ello hicieras una obra de misericordia.»

Durante esta invectiva del caballero, el escudero había tenido tiempo de apagar su cólera: viendo que en efecto su señor ni por asomos venía á ser culpable de su última aventura, echó por el atajo confesando en buenos términos el motivo de su impaciencia, y dijo cómo le había salido la lengua de madre sin voluntad ni intención que mereciesen el trepe con que acababa de ser castigado. «¡Voto al demonio!, replicó D. Quijote; ¿por qué te andas con rodeos y no dices buenamente lo que te sucede? Cuando un perro se te viene encima, no ocurre sino lo que

rezan estas palabras; pues no me levantes torres sobre tan livianos cimientos. Tirante el Blanco de la Roca Salada peleó con el alano y le venció; y tú vienes á morirte de miedo de un pachoncito. — No fué tan pachoncito como vuesa merced piensa, dijo Sancho, sino un dogo como un tigre que no hubiera hecho de mí sino dos bocados. Pero ahora que hemos hecho las paces, Sr. D. Quijote, dígame: ¿adónde y á qué vamos? — ¿No lo sabes? Voy á pelear con dos gigantes que tienen cautiva en su fortaleza á mi señora Dulcinea del Toboso. — El año de la sierra no lo traiga Dios á la tierra, dijo Sancho: de estas alturas no hemos de sacar sino desventuras. Acuérdesele á vuesa merced lo de los yangüeses y no se le olvide lo de los batanes. — ¿Qué duda te ocurre ahora acerca de mi valentía?, respondió D. Quijote; ¿qué indicios tienes para temer el éxito de la batalla? Échame al brazo los siete capitanes que debiendo haber sido reyes por sus hazañas no lo fueron, y si en menos de un *per signum crucis* no te los devuelvo capados de barbas, di que soy mal paladín y caballero de docena. Aquí no hay sino dos enemigos, y tú sabes si estoy acostumbrado á vencer de cuatro para arriba. La dificultad no está en el combate, sino en que esos paganos se resuelvan á pelear conmigo. Por lo demás, no temas, hijo; antes alégrate y da gracias á la fortuna: los jayanes de aquí arriba son riquísimos: sus tesoros están esperando al caballero que los ha de vencer y matar. Toma para ti cuanto quieras y te guste, Sancho desinteresado; que yo con las armas de mis enemigos me contento. — Eso será cuando vuesa merced hubiere entrado en la fortaleza, dijo Sancho; ¿mas qué hago yo mientras se declara la victoria? — Te entretienes en recoger pepitas de oro de las que deben de abundar por estas sierras. Cuida, sí, de no extraviarte, y ten el oído pronto á las voces con que tu señor te llamará á tiempo.



CAPITULO XXXII

QUE TRATA DEL SANTO HOMBRE DE ERMITAÑO QUE D. QUIJOTE ENCONTRÓ EN EL CERRO, CON LO CUAL SU AVENTURA IBA Á SER DE LAS MÁS ACABADAS

Seguía el caballero monte arriba, dándose á todos los diablos de no descubrir la fortaleza, cuando al voltear de un recodo vió un hombre de aspecto venerable, sentado sobre una piedra á la entrada de una gruta. D. Quijote de la Mancha tuvo por bien averiguado que esta aventura se la deparaba el cielo mismo, cuando le ponía por delante el ermitaño con quien se confesara, á fin de que ella fuese á todas luces grande y caballeresca. Oía poco el solitario, ó no quería oír nada: ni al tropel del caballo, ni al ruido de las armas del caballero, alzó la vista, embebido en su lectura. Paróse D. Quijote y se estuvo á contemplarlo un rato, sin saber cómo llamaría la atención del santo hombre. «¡Reverendísimo padre!,» dijo. Levantó la cabeza el ermitaño, sin mostrar sorpresa ni alegría, y respondió: «*Pacem relinquo vobis*. Mi perro no ha dado señales de llegar gente, aunque le tengo velando desde por la mañana para que me encamine á los extraviados. ¿Sois uno de ellos, hijo mío? ¿Venís á mí como penitente, ó desengaños y tribulaciones os impelen al desierto en busca de la paz de Dios? Venid, y seréis de los escogidos: la soledad abre los brazos á los desgraciados: al través de ella columbramos lo infinito, como que el silencio desenturbia los ojos del espíritu, predisponiendo el alma para los

misterios de la inmortalidad. Sus tres enemigos no tienen cabida en estas regiones: miserias y pesadumbres se han olvidado aquí, que en cien años no se hubieran olvidado allá. El corazón y la fantasía son terrenos abonados para esas plantas venenosas que se llaman amores y placeres, celos y liviandades, sacrificios é ingraticudes, ambiciones y desengaños, soberbias y abatimientos. Queremos lo que nos perjudica, desechamos lo que nos salva: acordámonos constantemente de lo que nos conviniera olvidar, olvidamos lo que debiéramos tener delante de los ojos. Si habéis hecho un favor á uno de vuestros semejantes, guardaos de él, porque él será vuestro enemigo. Si tenéis entregados corazón y hacienda á una de esas que llamáis hermosas, ella os causará las grandes amarguras de la vida. Si sois ricos, dais en soberbios; si pobres, renegáis de lo divino y de lo humano. Si sois poderosos, abusáis de vuestro poder en toda forma; si humildes y desvalidos, la adulación y la vileza son vuestra parte. Aquí, en esta soledad, este monte, le quebrantamos la cabeza al enemigo; cada uno de nosotros somos el arcángel que tiene á sus pies á la serpiente. ¿Sabéis lo que la serpiente simboliza? Serpiente es la soberbia, serpiente la avaricia, serpiente la lujuria, serpiente la ira, serpiente la gula, serpiente la envidia: la pereza no es serpiente, porque no pica; es animal inmundo que duerme en su fango su sueño perpetuo. Ved cuántas de esas fieras bestias os promete expeleros del cuerpo el aire celestial de este retiro. La humildad arrulla aquí como paloma sagrada; la largueza no es necesaria, pues no tenemos qué ni á quién dar nada; la castidad es la flor sobresaliente de nuestros jardines; la paciencia nos habla al oído como genio invisible; la templanza nos da salud y vida larga; la caridad nos teje la corona con que nos hemos de presentar en el empíreo; la diligencia....., la diligencia del alma, hermano; la del cuerpo no es de nosotros: donde el espíritu trabaja, los miembros del cuerpo están descansando. Pensar, orar, llorar, todo es salvarse. ¡Venid, mortal dichoso! A la derecha, si quisieréis; á la izquierda, si gustareis; más arriba ó más abajo, ayuso ó deyuso, como decían

nuestros mayores, hallaréis ermitas desocupadas, que ya las habitaron varones justos. La de fray Atanasio puede conveniros, aunque está algo caediza; pero tiene un corralito para gallinas, y aun os será permitido engordar dos ó tres puercos, á pesar de que muchos y muy crueles enemigos frecuentan estos lugares: lobos, lobas, jabalices, jabalizas, y otras salvajinas. — Diga vuesa paternidad jabalíes, y ande la paz entre nosotros, dijo don Quijote. — ¿Por allá abajo la gente del siglo no llama jabalices á esos abejorros?, respondió el ermitaño. — Jabalíes ó jabalices, volvió á decir D. Quijote, no pertenecen estos animales al género de los abejorros; ni ha de ir vuesa paternidad á decir jabalizas, á título de que no sabe las cosas del mundo. — Nosotros por abejorros los tenemos, señor caballero. A veces los clasificamos entre los crustáceos, y no estamos del todo libres de reputarlos sabandijas. Como la lenidad de nuestro carácter nos prohíbe las armas de fuego, tenemos sobre nosotros la pensión y el pontazgo de aguantar esas alimañas. Los sitios elevados, señor, son lobosos y jabalizosos por la mayor parte. — ¿De manera, preguntó D. Quijote, que si toros infestaran las posesiones de vuestas paternidades, ellas vendrían á ser torosas? — Por de contado, respondió el ermitaño, y prosiguió: hago vos saber que no os conviene ese vestido para la vida eremítica én que entráis de cabeza desde hoy día. Deponed ese atavío bélico: si no venís prevenido para el efecto, no faltarán por aquí una túnica propia de vuestro estado, ni cilicios con que os gocéis en el Señor, ni disciplinas con que os azotéis y doméis, ni garfios en que os suspendáis para dormir. La carne, hijo mío, es bestia fiera que nos devora el alma: por sus ardientes tragaderos pasan quemadas las virtudes, en sus vastas y lóbregas entrañas cae y se hunde nuestra felicidad. Tened esto presente de día y de noche, y ved como no os pongáis en mi presencia ni en *artículo mortis*, porque no hay ermitaño perfecto si la soledad no es su única compañera. ¿Por dicha sois perito en esto de vivir entregado á los santos suplicios del arrepentimiento? ¿Habéis subido alguna vez á Monserrate? Al corazón os tocan, ya lo veo, esas ruinas

venerandas que os hablan de los bienaventurados sus habitantes de otros tiempos, y os convidan con las delicias de sus apacibles soledades. Los campos de la fértil Cataluña se dilatan á la vista florecientes y risueños: el Llobregat se va por ellos desenvolviéndose en grandiosas vueltas, y embelesa con sus lejanos relumbrones. Ese que allá se mira, es el puente del Diablo: dicho puente no es más grueso que un hilo de araña: en él se agolpan las almas de los hombres cuando, roto el estambre de la vida, nos engolfamos en las formidables regiones de lo desconocido. Los justos lo pasan sin balanza; á los réprobos se les va el pie y ruedan al abismo.»

¡Válgame Dios, y cuál no era la impaciencia de nuestro caballero á la interminable plática del solitario! «Los caballeros andantes, dijo D. Quijote, no somos de tela de ermitaños; somos aventureros, y no tenemos lugar fijo, ni residencia conocida. ¿Cómo puedo yo estrechar la órbita de mis obligaciones á los mezquinos términos de una cueva, y convertirme en animal inútil para mí mismo y para mis semejantes, no viviendo yo para ellos, sin que nadie viva para mí? Otro es el objeto de mi venida; y sé decir á vuesa paternidad, que el encuentro que me parecía ordenado por la Providencia ha sido pura obra del acaso. Algunos caballeros se llegaron al tribunal del confesor antes de la batalla; pero otros no menos famosos no tuvieron por necesaria esa demostración, y no por eso fueron menos cristianos, ni salieron menos vencedores. Ermitaño, ¿para qué? ¿Para que me cargue el diablo el día menos pensado? Dirigir las pasiones, convertirlas en virtudes, si es posible, tal es el empeño del filósofo, mi reverendo padre. Luchar uno consigo mismo, destruirse, anonadarse sin ventaja para el cielo ni la tierra, es frustrar de sus derechos á la naturaleza, es cometer un delito enorme so pretexto de virtud. Amor nos da Dios para que amemos, caridad para que valgamos á nuestros semejantes, ambición para que aspiremos á la gloria. Déjese vuesa paternidad de esta sandez del ermitismo, y véngase conmigo á correr el mundo en busca de las aventuras. Vuestas pater-

nidades trabajan sin provecho en esto de honrar la ociosidad, ó más bien cometen un grave pecado. Y no hay esto solamente, sino que muchas veces, después de veinte años de solitarios, bajan y se van á hacer piratas ó á vivir renegados entre turcos, si una buena noche de Dios no les da en su cueva un patatús y se van á despertar en los infiernos. No debe de ser vuesa paternidad el previsto para oír mis culpas: écheme su bendición ó no me la eche, yo me voy.» Y sin gastar más prosa, picó su caballo y se alejó del ermitaño, el cual le seguía con la voz, diciéndole en una muy elevada: «¡Mirad, hijo, que ésas son sugerencias del demonio! ¡Deteneos, extraviado! ¡Volveos, réprobo! ¡Ven acá, mostrenco, alma de cañamazo!» Nada oía el aventurero, y estaba ya á buena distancia, cuando el santo hombre de ermitaño, arrancándose de cuajo su almacén de barbas, dió la vuelta á la gruta, y con más prisa de lo que hubiera sufrido su ayunado cuerpo, voló cerro arriba por un desvío, junto con otros varones justificados que por ahí salieron, de modo que había de llegar á la cumbre muy antes que D. Quijote.